



IDILIO XXIII.

EL ENAMORADO

O SEA  
EL DESDICHADO EN AMORES.

A DON SANTIAGO BELDEN.

ARGUMENTO.



QUEJASE un amante de los desdenes de su ninfa, y se ahorca en la puerta de su bella ingrata. Esta muere luego á manos de Cupido, ultrajado por su esquivéz. La Egloga segunda de Virgilio, aunque ménos trágica, es una imitacion del presente Idilio, tal como se halla en el original.

Enamoraba un mozo á una doncella;  
Pero la niña á su amador odiaba,  
De costumbres cruel, de rostro bella.

Nada oponia á su fiereza traba;  
Quien era el dios Amor aun no sabia  
Ni qué flechas se encierran en su aljaba.

Era toda rigor; y siempre impía  
Negaba al infeliz todo consuelo  
Y ni una puerta á la esperanza abría.

IDILIO XXIII.

Ni palabra jamás premió su anhelo,  
Ni una sonrisa, ni el brillar siquiera  
De la clara pupila azul de cielo.

Como del cazador huye la fiera,  
Así la ninfa del garzon. Sus ojos  
Mostraba siempre torvos la altanera.

Su pecho hiel, su corazon enojos,  
Ira ostentaba su feroz talante  
Y sarcasmo sus labios, nunca rojos.

Pero aun así era bello su semblante,  
Y más y más alimentaba el fuego  
Que devoraba al desdeñado amante.

Vino el jóven, por fin, de llorar ciego,  
Besó el caro dintel de su adorada  
Y en este prorumpió, sentido ruego:

“Aquí me tienes, ninfa despiadada,  
Ninfa de mármol; de furiosa hiena  
Sin duda al seno montaraz criada.

“Ya nunca mi amorosa cantilena  
Excitará ¡oh doncella! tus furoros  
En la noche llamándote serena.

Mi último don te traigo. Tus rigores  
Aceptar no rehusen esta sogá  
Que término va á dar á mis dolores.

IDILIO XXIII.

“Y pues ya nada en mi favor aboga,  
Dó me condenas parto: dó el olvido,  
Remedio universal, el duelo ahoga.

“Y aunque el cáliz apure apetecido  
No bastará á curar mis graves males.  
¡Adios! De tí por siempre me despido.

“De tu cerrada casa en los umbrales  
Mi último adios te doy. Cuando yo muera  
Sé qué ha de suceder á los mortales.

“Bellísima es la rosa en la pradera;<sup>2</sup>  
Pero el tiempo marchita su corola:  
Es bella la viola en primavera;

“Pero presto envejece la viola:  
Es blanca la azucena, y de su verde  
Tallo al quitarla, se destruye sola.

“Que la alba nieve, tu esquivez recuerde,  
Al caer en la tierra, su blancura  
En un instante derretida pierde.

“De la mujer es frágil la hermosura:  
De que ames tú tambien vendrá el momento,  
Y que en vano amarás mi voz te augura.

“Escucha, al ménos, mi postrer lamento:  
Al verme de tu puerta suspendido  
Por la sogá cruel, y sin aliento,

IDILIO XXIII.

“Que te detengas por favor te pido.  
Al ménos una lágrima derrama  
Y desátame el lazo y el vestido.

“Reclina mi cadáver en tu cama,  
Y una sábana tuya de sudario  
Sirva para los restos del que te ama.

“No temas que en el lecho funerario  
Turbe la voz, que ingrata ahora retumba,  
El hogar para el muerto hospitalario.

“Excávame no léjos una tumba,  
Y para siempre, só marmórea losa  
De tu odiado amador el cuerpo arrumba.

“Mas ántes de partir dí cariñosa,  
Mirando hácia el sepulcro que me encierra,  
Por tres veces: *Amigo, en paz reposa.*

“Y si el hablar á un muerto no te aterra,  
Añade, si te place: *Ya no vive  
El amante mejor que hubo en la tierra.*

“Y este epitafio, que temblando escribe  
En verso igual mi mano agonizante,  
En la funérea lápida trascribe:

“SOY VICTIMA DE AMOR. ¡OH CAMINANTE!  
DETEN EL PASO Y CLAMA COMPASIVO:  
A INGRATA VIRGEN ADORO ESTE AMANTE.”

IDILIO XXIII.

Así diciendo, toma pensativo  
Un trozo (cruel trozo) de basalto,  
Y á la puerta lo arrima para estribo.

Suspende del umbral en lo más alto  
Cuerda sutil; al cuello se la ajusta,  
Y hace rodar la piedra con un salto.

Ahorcado muere. La doncella adusta  
Lo ve, al salir, colgado de su puerta;  
Mas ni la ablanda el verlo ni la asusta.

Y léjos de que lloro triste vierta,  
Estrepitosa carcajada lanza  
Y por las calles va con planta incierta.

Y en el baño al entrar, segun usanza,  
Se le presenta el Númen ofendido  
Del crimen á tomar atroz venganza.

Porque en medio al estanque, de Cupido  
Se alzaba el simulacro en piedra dura  
Sobre alto pedestal bien esculpido.

Y al ver nadando entre la linfa pura  
A la mujer que su deidad ultraja,  
En el baño se arroja la escultura.

Sobre la esquiva justiciera baja,  
Y el mármol en su rápida caída  
Los miembros de la ninfa desencaja.

IDILIO XXIII.

El agua queda en púrpura teñida,  
Y del fondo salió desgarradora  
La amarga voz de la doncella herida:

“La ingrata pereció; triunfe el que adora.  
¡Oh Vírgenes! Mi muerte ejemplo sea,  
Para que no irriteis la vengadora

“Divinidad de Amor ó Citeréa.”



IDILIO XXIV.

HÉRCULES NIÑO.

ARGUMENTO.

**N**ARRASE la victoria de Hércules, niño aún de diez meses, sobre dos mónstruos enviados por Juno á devorarlo. Sigue el vaticinio de Tiresias sobre el divino infante, y enuméranse los maestros que enseñaron á éste las letras, las artes y los ejercicios en que tanto sobresalió. La última parte, que narra el método de vida de Hércules durante su infancia y juventud, se ha perdido.

Hércules,<sup>1</sup> que diez meses ha cumplido,  
E Ificlés tierno, su menor hermano,  
Una noche despues solo nacido,  
Festivos juegan. Con amante mano  
Baña á los dos la cariñosa Alcmena,  
Y con la leche de sus pechos llena.  
Sobre cóncavo escudo<sup>2</sup>  
De puro bronce, espléndida armadura,  
Que Anfitrión forzudo  
Conquistó á Terelao, con ternura